

LA RUINA VISITABLE

CRISTINA VIDAL LORENZO

Universitat de València

GASPAR MUÑOZ COSME

Arquitecto

Introducción

EL interés por la exploración de monumentos antiguos y el coleccionismo se remonta incluso a la Antigüedad. De hecho, existen testimonios de que en el siglo VI a.C., el último rey de Babilonia, Nabónido, emprendió la excavación e investigación de los templos de Sippar, Ur, Larsa y otras ciudades, con el fin de conocer quién había mandado erigirlos e iniciar su reconstrucción. Esta curiosidad por el pasado fue heredada por su hija, En-nigaldi-Nanna, suma sacerdotisa de Ur, quien poseía una interesante colección de antigüedades procedentes de dichas excavaciones en una de las estancias de su *giparu* (residencia), a orillas del río Éufrates.

Un siglo más tarde, el célebre viajero e historiador griego Herodoto se entusiasmó con las ruinas de Egipto y las construcciones religiosas asirias y babilonias, dejándonos en su *Historia* un interesante testimonio acerca de algunas de ellas y de las costumbres de sus habitantes: “En Asiria hay muchas ciudades realmente grandes, pero la más digna de mención, también la más poderosa, que después de la destrucción de Nínive se convirtió en la capital del país, fue Babilonia”.¹

Otros viajeros y eruditos griegos contribuyeron asimismo a ampliar el conocimiento de las ciudades del pasado, y a dejar constancia, en ocasiones, de aquéllas en ruinas, como lo hiciera Pausanias en su *Descripción de Grecia* con las de Delos, Tebas, Tirinto, Micenas o Megalópolis: “El que Megalópolis, fundada con todo entusiasmo por los arcadios y con las mayores esperanzas de los griegos respecto a ella, haya perdido toda su belleza y prosperidad antigua y la mayor parte de ella sea ruinas en nuestro tiempo, no me ha sorprendido en absoluto...”,² o Diodoro de Sicilia en su *Biblioteca histórica*: “...Pero los reyes de los persas la sa-

quearon después; de los palacios reales y de las otras construcciones, a unas, el tiempo las desvaneció completamente y, a otras, las arruinó; incluso de la misma Babilonia, ahora está habitada una pequeña zona y la mayor parte del interior de la muralla es cultivado”.³

De la misma manera, los historiadores chinos exploraron las ciudades en ruinas de los tiempos más antiguos para reconstruir la historia de sus antepasados, dejando de ello valiosos testimonios.

También existe una abundante información acerca de las acciones emprendidas por algunos “coleccionistas” romanos, deseosos de embellecer sus residencias con fragmentos de antiguos monumentos, lo que fue objeto de numerosas denuncias por parte de personalidades como Cicerón, quien en sus *Verrinas* censuró enérgicamente el expolio de bienes artísticos griegos: “Existe un templo de Minerva en la Isla, de la que he hablado antes. Marcelo no lo tocó; lo dejó intacto y con sus ornamentos. Fue expoliado y saqueado por ése [Verres] de tal modo que parece haber sido maltratado no por algún enemigo que, en todo caso, respetaba en guerra los sentimientos religiosos y los derechos tradicionales, sino por los bárbaros piratas”.⁴

Como más adelante veremos, este interés por la exploración e investigación de las ruinas del pasado habría de decrecer de forma considerable durante los siglos medievales, para renacer con ímpetu en los albores de la Edad Moderna.

El objetivo de este artículo es, por tanto, ofrecer una visión general de cuáles han sido las diferentes visiones y actitudes generadas en torno al tratamiento de las ruinas de los antiguos monumentos, desde la caída del Imperio Romano hasta nuestros días, observando como consecuencia de ello el tratamiento que actualmente se otorga a estas ruinas para hacerlas más comprensibles y acercar su contenido e historia al visitante.

¹ Herodoto: *Historia*, Libro I, 178, edición de M. Balasch, Madrid, Cátedra, 1999.

² Pausanias: *Descripción de Grecia*, Libro VIII, 33, 1 (Intr., trad. y notas de M. C. Herrero), Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, nº 198, 1994. Véase también Estrabón: *Geografía*, VIII, 8,1, 718-719 (Trad. y notas de J. J. Torres), Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, nº 289, 2001.

³ Diodoro de Sicilia: *Biblioteca Histórica*, Libro II, 4, 9-10:9 (Intr., trad. y notas de F. Parreu), Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, nº 294, 2002.

⁴ Cicerón, M.T.: *Verrinas*, vol. II, Discurso IV, 122 (Trad. y notas de J. M. Requejo), Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, nº 140, 1990.



Fig. 1. Esfinge y pirámide de Keops en Gizeh, Egipto.

La ruina histórica. Un pasado olvidado

La conversión del Imperio Romano al cristianismo en el siglo IV supuso, entre otras medidas, la supresión de los cultos paganos y, por tanto, el cierre de todos los templos del Imperio. Consecuencia de ello fue que esas grandes manifestaciones arquitectónicas de la Antigüedad, esparcidas no sólo en la península itálica, sino también en Hispania, Galia, Germania, los territorios helénicos, Egipto y demás centros del Mediterráneo occidental y oriental, fueran sometidas a un lento proceso de degradación y abandono, que habría de culminar con su conversión en ruinas, en cantera para los nuevos edificios o en soporte de las construcciones cristianas (Figs. 1 y 2).

Así, espacios arquitectónicos tan célebres en los tiempos antiguos como los Foros romanos o el Coliseo fueron entonces invadidos por la vegetación y el olvido. Otros corrieron peor suerte y permanecieron en "carne viva" al arrancárseles los vistosos revestimientos de mármol característicos de la arquitectura romana, al tiempo que algunos de sus templos paganos más significativos y que más habrían de influir en la arquitectura del Renacimiento fueron transformados en iglesias, entre ellos, el Panteón, dedicado en el año 609 al culto de Santa María de los Mártires.

Como decíamos, esta situación se extendió al resto del Imperio, y también en aquellos años edificios emblemáticos como el Partenón de Atenas fue consagrado

a la Virgen María. En Egipto, el cierre de los templos condujo asimismo al abandono de la escritura jeroglífica, aún en funcionamiento, cuya enseñanza había estado garantizada por los sacerdotes paganos que guardaban los templos. A raíz de entonces, hubo que esperar más de catorce siglos para su desciframiento.

Con el correr de los años, la expansión del Islam condujo a la ruptura de la unidad mediterránea, al tiempo que la cultura cristiana propició el nacimiento de una Europa dominada por la fe pero muy debilitada por las invasiones bárbaras. Y una vez más, las víctimas de estos convulsos acontecimientos fueron algunas de las arquitecturas antes mencionadas, que de iglesias cristianas pasaron a convertirse en mezquitas musulmanas, como el Partenón, sin ir más lejos.

Algo similar ocurrió con los vestigios arquitectónicos de las grandes culturas de Oriente Próximo que al caer en poder del Imperio turco otomano, al igual que Grecia o Egipto, quedaron parcial o totalmente sepultados por la arena del desierto.

En definitiva, durante los siglos medievales poco fue el interés del hombre europeo por los monumentos de la Antigüedad, y exceptuando algunas acciones puntuales propiciadas por reyes y emperadores (Teodorico, Carlomagno, Federico II) escasos fueron los intentos de volver la vista al pasado. Ciertamente es que Roma siguió siendo visitada por viajeros y peregrinos deseosos de conocer los lugares santos, de ahí la existencia de "itinerarios" y guías cultas de turismo medieval, como los célebres *Mirabilia Urbis o Romae* destinadas a guiarlos por los principales sitios de la ciudad, mientras que otros, en su ruta hacia Tierra Santa, llegaron incluso a visitar los antiguos vestigios del norte de Egipto, pero interesándose más por los cristianos que por los de época faraónica o grecorromana (Fig. 3).

No obstante, como ya hemos indicado, el paisaje urbano de esos grandes centros del mundo antiguo ya estaba sentenciado, lo que condujo a que sus monumentos más relevantes, víctimas del olvido, exhibieran un estado ruinoso en los albores de la Edad Moderna.

La búsqueda del pasado

Ciertamente, no será hasta el Renacimiento en que adquiera auténtica fuerza ese interés por el retorno al mundo clásico, gracias al movimiento humanista que empezó a gestarse en los Estados italianos. A pesar de que desde la instalación del poder papal en Aviñón en el siglo XIV Roma había dejado de ser la capital y estaba prácticamente deshabitada, se fue manifestando un acentuado sentimiento nacionalista, desencadenante de ese deseo de vuelta al glorioso pasado romano.

Por ello, ya desde el *trecento* se aprecia en ese entorno cierta preocupación por la protección de los monumentos antiguos desde el ámbito legal, algo especialmente aprovechado por los defensores de una Italia unificada e independiente con Roma a la cabeza, como el tribuno romano Cola di Renzo, y, más adelante, una vez superado el Cisma de Occidente, por el propio poder papal que veía en el antiguo Imperio Romano un modelo de grandeza a imitar. Sin embargo, paralelamente a estas acciones destinadas a conservar las ruinas se desarrollaron otras opuestas a ello, como fue el auge del coleccionismo, y no sólo de objetos de carac-



Fig. 2. Ruinas del Foro romano, Italia.

ter mueble sino también de elementos constructivos, relieves escultóricos o inscripciones ligadas a los monumentos, contribuyendo con ello a acentuar el estado de ruina de los conjuntos arquitectónicos.

La primera “resurrección” y puesta en valor de los monumentos griegos y romanos puede decirse que se remonta, en realidad, a comienzos del *quattrocento* cuando algunos representantes del movimiento humanista centraron sus esfuerzos no sólo en el ámbito filológico sino sobre todo en la conservación y difusión de los monumentos del pasado. Uno de ellos fue Ciriaco de Ancona, autor de algunas de las primeras descripciones y dibujos –no siempre muy acertados– de edificios griegos y romanos, quien dedicó los últimos años de su vida a intentar rescatar la arquitectura y las obras de arte griegas del poder otomano (Fig. 4).

Paralelamente, el interés por la filología fomentó la recuperación de numerosos restos epigráficos, que fueron debidamente traducidos y editados, y el redescubrimiento de textos antiguos, destacando entre éstos un manuscrito del *De Architectura* de Vitruvio, hallado por Poggio Bracciolini en la abadía de Saint Gall, una obra que aunque ya era conocida en la Edad Media,⁵ sus primeras ediciones impresas e ilustradas corresponden a las postrimerías del siglo xv y los comienzos del xvi.

Gracias al Tratado de Vitruvio y a una cuidadosa observación de las ruinas romanas, los tratadistas del *seicento* comenzaron a “especular” acerca de cómo debieron ser esos edificios en su época de apogeo, convirtiéndolos en modelos para la nueva arquitectura surgida como reacción al gótico medieval. Es decir, las ruinas, junto con su reformulación gráfica y teórica, se consideraron arquetipos y fuente de inspiración de lo moderno, de ahí que también en esos años las excavaciones arqueológicas y el coleccionismo hayan tenido un gran auge.

Lógicamente, esas excavaciones poco tenían de científicas, un hecho que, aunado a ciertos actos de vandalismo y a la obsesión por el descubrimiento de antigüe-

dades, tampoco contribuyó a la adecuada preservación de las ruinas.

Lo que sí se logró con gran éxito, gracias sobre todo a los tratados, fue la difusión de los modelos arquitectónicos grecolatinos al resto de Europa, fomentándose así el famoso “viaje a Italia” con el fin de conocer directamente los monumentos en ruinas del pasado.

Con el correr de los años, este anhelo por el descubrimiento de vestigios antiguos se extendió a otros territorios más alejados, y no sólo a Grecia o Egipto, sino también al continente asiático y americano.

Los siglos del Barroco fueron asimismo muy prolíficos en hallazgos de importantes monumentos e, incluso, de ciudades enteras hasta entonces desconocidas, llegándose a organizar auténticas “expediciones científicas” financiadas bien por monarcas y por las recién creadas instituciones destinadas a fomentar el estudio de la arquitectura y el arte antiguo, o bien por mecenas particulares (Fig. 5).

La apreciación de la ruina. El Romanticismo

La apreciación de la ruina como monumento en sí corresponde al siglo xviii, cuando comienzan a proliferar las *vedute* o representaciones de ruinas, en las que éstas aparecen como elementos inherentes al paisaje, insertas en atmósferas idealizadas y ficticias. Esta forma de representar las ruinas dentro de un ambiente dramático es propia de pintores como Poussin, Pannini, Robert o Cassas mientras que otros como Piranesi o Le Roy prefirieron el grabado o el dibujo para transmitir esos ambientes “románticos”. Algunos de éstos fueron conocidos, indudablemente, por artistas japoneses del período Edo, como Utagawa Toyoharu, autor de un famoso *ukiyo-e* con vistas de las ruinas de Europa realizado a partir de uno de esos grabados importados de Europa (Figs. 6 y 7).

No obstante, hay que destacar que en esos años ya

⁵ Recordemos al respecto la mención que Eginardo, secretario y biógrafo de Carlomagno, hace de Vitruvio y de Virgilio en una carta a Vussin, del año 840.

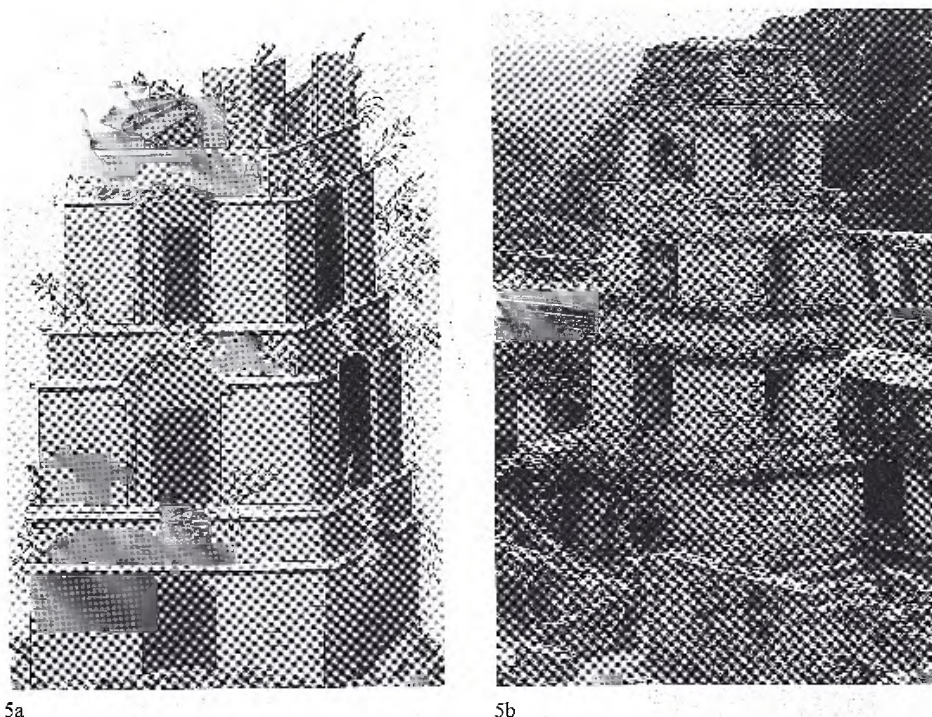


Fig. 5. Torre del Palacio de la ciudad maya de Palenque, México.

5a. Dibujo realizado durante la expedición de Antonio del Río (1787) patrocinada por el rey de España Carlos III. Copia conservada en la Biblioteca del Real Palacio de Madrid.

5b. Estado actual.

arqueología postmedieval e industrial ha permitido extender estos métodos hasta prácticamente la época actual, ampliando su campo de actuación de forma considerable.

En este sentido, también interesa resaltar el papel fundamental que juega la aplicación del método arqueológico en la restauración de los grandes monumentos, desde el momento en que, aplicado de forma rigurosa, nos permitirá obtener unos datos fundamentales tanto para la comprensión general de los mismos como para la interpretación de los hallazgos y objetos que se puedan identificar relacionados con éstos.

El método arqueológico se basa en el análisis de los vestigios del pasado con el fin de reconstruir lo máximo posible la época a la que pertenecen, contando para ello con una gran cantidad de datos gracias a la investigación metódica y detallada, y del registro de materiales *in situ*, algo totalmente ignorado en los primeros tiempos de la práctica arqueológica. Además, a diferencia de antaño, la intervención arqueológica no concluye con la exhumación del monumento u objeto a conservar, sino que continúa con el estudio e interpretación del mismo, haciendo uso para ello de los datos obtenidos durante la excavación.

La recuperación cultural del pasado

Gracias a ese estudio podemos contribuir a la recuperación cultural del pasado, pues una ruina no debe entenderse como un monumento aislado, sino dentro de un contexto histórico-cultural que hemos de identificar e interpretar.

A diferencia del hombre del Renacimiento que veía en las ruinas un modelo a imitar, o del artista del Romanticismo que hacía de ellas la protagonista o la fuente de inspiración de sus obras, el restaurador actual tiene el deber de obtener toda la información posible

acerca del monumento con el fin de reflexionar acerca de su función en el pasado. Sólo así podrá abordar una adecuada restauración del mismo, al tiempo que contribuirá a enriquecer una parcela, aunque sea muy pequeña, de nuestra historia o, al menos, a establecer hipótesis que puedan verse corroboradas con investigaciones posteriores.

Y no siempre esta recuperación cultural del pasado se lleva a cabo echando mano de testimonios inanimados, ya que puede darse el caso de que las ruinas estén en funcionamiento.

Pensemos, por ejemplo, en el caso de La Antigua Guatemala, una ciudad víctima de un violento movimiento telúrico en el siglo XVIII, consecuencia del cual sus espléndidos edificios de época barroca se mantienen aún en estado de ruina y, por tanto, vacíos. Sin embargo, dichas arquitecturas están totalmente integradas en la ciudad, siendo perfectamente comprensibles para el que las observa (Fig. 10).

Otro ejemplo sería aquél en que los edificios en ruina se utilicen para llevar a cabo en ellos ciertas actividades, como es el caso de los templos khmeres de Angkor en cuyo interior se rinde culto a Buda, lo que obliga a mantener gran cantidad de incienso encendido todo el día, lo que no beneficia en nada al mantenimiento de las paredes y cubiertas. Tanto ésta como la precolombina son una arqueología viva en la que los testimonios escritos o materiales se ven también enriquecidos con la observación de la vida actual (Fig. 12).

Conservacionismo *versus* reinterpretación

Los primeros planteamientos desarrollados con respecto a las ruinas, una vez que se fue consciente de su valor histórico y arquitectónico, fue el dictaminar un conservadurismo extremo para su tratamiento. En principio, la posición más prudente y conservadora ante el